



Nacer, crecer y morir?

Las aventuras de Pierre Dupont



JONATHAN CHRISTIAN RIVAS TRUJILLO

Plaza de los Procesos

Kaliput, invierno de 1799

Son las seis en punto de la mañana del doce de enero de 1799, toda la ciudad se ha congregado en torno a la guillotina. Están todos, desde los más desgraciados hasta los más ricos y poderosos de toda Kaliput. No es para menos, hoy es el día. Estaba señalado desde hacía más de un mes, hoy me van a ejecutar. ¿El por qué de esperar tanto tiempo?, es fácil, simplemente había que darle tiempo a todos los hombres vivos que conforman la humanidad para que pudieran llegar a ver este milagro que se iba a producir. Sí, sí, milagro. ¿O es que van a tener la suerte y la oportunidad de volver a ejecutar a alguien que está considerado un inmortal?. No, verdad.

El acontecimiento iba a ser espectacular, tanto para aquellos que asistieran al evento como para los comerciantes y mercaderes de la ciudad. La gran ejecución del milenio, era así como se referían al evento en cuestión, estaba atrayendo un montón de gentes de todas partes del largo y ancho reino. Ello suponía una gran recaudación para todos los negocios de la ciudad. No era para menos, las autoridades estaban detrás de mí desde hace más de cinco años, hasta que al final me han podido coger. Eso es lo que ellos creen al respecto de este asunto, yo os puedo asegurar que la historia que ellos cuentan no es real. Pero tampoco falsa, es simplemente, distinta.

Las horas en el calabozo pasan lentas y aburridas para mí, ya he pasado por esto tantas veces que hasta me aburre. Llevo esperando este día con gran curiosidad desde

hace mucho tiempo, ¿será esta la definitiva?. El estar encarcelado en esta mazmorra maloliente no me permite abrir el apetito para poder comer ni tampoco respirar con este maldito hedor nauseabundo que inunda los calabozos. Los desperdicios humanos y de animales están amontonados por todos lados. Los hombres tenemos que hacer nuestras necesidades por los rincones como bestias. Las ratas y los ratones pululan a sus anchas por todos los lugares sin excepción alguna. Hay que tener cuidado con que no te coman vivo mientras duermes, pues el dolor no aparece mientras te devoran. La mayor parte de los presos fallecen antes de ser ejecutados, bien porque enferman o porque son devorados mientras duermen, pero eso a mi me da igual. Mi vida siempre ha estado basada en el sufrimiento continuo y la muerte ha estado siempre a mi diestra. No soy nada, ni de esta época y mejor todavía, no poseo nada, no tengo nada que ganar ni que perder. Ni tan siquiera tendría que estar vivo.

Ya llegó el tan esperado momento, ha llegado el gran general en jefe de los ejércitos de la grandiosa nación de Kaliput, Eudorf Molger. Lo sé, si no, no habría tanto alboroto. El tinglado está a punto de comenzar, ya me queda menos para poder escapar de aquí.

Oigo a los carceleros aproximarse a mi celda, están manipulando los cerrojos tras mi puerta.

- Ciudadano Dupont, ha llegado el momento.

Me levanto del duro catre, poniéndome en pie delante de ellos con los brazos caídos hacia abajo. Me los amaran con cadenas hasta las cadenas que atan mis piernas haciendo una unión perfecta que me impida escapar en caso de querer fugarme. Uno puesto delante marcándome el paso y el camino, el otro detrás para evitar mi fuga, me conducen por todas las galerías y estancias de la prisión. Todo bajo el máximo silencio sepulcral posible, no se oye a ningún preso, parece como si estuviera yo sólo en el

edificio. Llegados a la salida de la prisión me hacen parar. El carcelero que tengo delante de mí hace una señal a través de la ventana a otro que está en la plaza, a su vez esta da la señal a alguien que no puedo llegar a divisar desde mi posición. Se produce un redoble de tambores persistente, era la señal para salir al escenario. Siguiendo el orden establecido desde que me maniataron, salimos a la plaza pública de los Procesos de Kaliput. La luz me ciega durante unos largos y dolorosos segundos, llevaba a la sombra y la oscuridad desde hace mucho tiempo. El murmullo ensordecedor del populacho es inmenso y abominable, los insultos hacia mi persona y mis obras son aterradores. Quiero decir llegados a este punto que no debemos olvidar que el ganador es siempre el que escribe la historia, puede ser el peor criminal que more por la faz de la Tierra, pero como ganó tú te llevarás siempre la culpa de todas sus malas acciones.

Sobrado para acobardar a cualquiera que no hubiese pasado antes por ello, a mí no me da el mínimo miedo, es más, me excita.

Me conducen hacia el patíbulo, me hacen subir a la plataforma y justo delante de mí estaba ella, la gran, metálica y afilada señora guillotina. Era espectacularmente aterradora por sus grandes y macabras proporciones, daba un respeto y un estupor tan sólo con contemplarla que cortaba ya de por sí la respiración. Mientras por mi cabeza pasaba una sola idea, esto va a caer sobre mi cuello, partiéndolo y separando mi cabeza. ¡Jodeer!

Por si fuese poco todo esto, además combinado con la gran cantidad de gentuza que había acudido al evento, calculo que alrededor de un par de miles, lo hacían el escenario perfecto para mi ejecución.

Pero lo que más me llamó la atención es que el gran Eudorf Molger estaba situado en un lugar privilegiado donde con toda seguridad mi sangre le salpicaría. Tenía que ser un odioso petulante hasta el final de las consecuencias,

lo entiendo en parte pues eran demasiada las veces que me había reído de él. A todo esto y cuando ya estoy en la posición indicada para que todo el asunto de comienzo, levantando su mano derecha mandó callar la plaza. El silencio se hizo de inmediato, dando comienzo a mi orden de ejecución:

- Kaliput, la grande y benévola. A 12 de enero de 1799, de una parte el pueblo de Kaliput contra el asesino Pierre Dupont. Ciudadano Dupont ha sido considerado culpable del asesinato de incontables personas, cuya lista es tan extensa que no podíamos recitarla a los aquí presentes por falta de tiempo y de leña para mantener viva la pira.

- Crímenes por los que he sido juzgado y ejecutado con antelación - le contesté de forma tosca y desafiante, mirándolo de abajo para arriba con la cabeza gacha. Como si conmigo no fuera la cosa.

- Le recuerdo que no puede articular palabra mientras se lea su sentencia.

- Y yo, a su vez le recuerdo a usted, que la ley reinante en el reino de Kaliput, es bien clara. No se podrá juzgar a un hombre dos veces por el mismo crimen, y menos aún ejecutarlo.

- Calla insolente y escucha la sentencia. Como iba diciendo prosigo, ¡haber por donde iba!. A si, aquí:

- Según decreto firmado por nuestro actual monarca Don Branco Phaes, el ciudadano conocido por Pierre Dupont anteriormente ajusticiado en un pelotón de fusilamiento, envenenado, desmembrado, atropellado... Saliendo siempre inmune de todas sus ejecuciones y atentados contra su persona conocidos hasta la fecha, se le destituyen los privilegios de un hombre y a partir de ahora será considerado como ser maligno. Con lo que ello supone, no será ajusticiado en calidad de persona, sino de ente maligno. Permitiendo volver a ejecutarlo por crímenes cometidos anteriormente tantas veces fuesen necesarias

hasta asegurar su fallecimiento definitivo, por y para la protección de nuestros ciudadanos. Es razón esta por lo que ha sido condenado a muerte en la guillotina y una vez guillotinado sus restos han de ser quemados en la pira hasta su completa extinción. Asegurándose todos los presentes que no se obrase milagro alguno de resurrección. Yo el rey.

Una vez leída la sentencia condenatoria, Eudorf Molger se dirigió a la plebe:

- Es por ello que estamos aquí reunidos todos compatriotas con gran expectación para ver la muerte de un hombre al que consideramos inmortal y del que esperamos que hoy, al serle separada la cabeza del cuerpo por fin podamos descansar en paz y sin miedo a ser víctimas de sus atrocidades.

- Ignorantes no saben que no puedo morir me hagan lo que me hagan, todo de lo que me acusan como he dicho anteriormente es falso pero cierto. Yo no he matado a pobres ciudadanos como quieren dar a entender.

- Es por ello que su cuerpo una vez haya sido guillotinado será quemado hasta la extinción en hoguera pública para evitar el fenómeno de resurrección. Acusado Dupont, ¿desea que se le conceda un último deseo antes de morir?.

- Sí. Contesté fuertemente y en tono imperativo. Deseo que se me suelte, se me deje marchar y que tú ocupes mi lugar ciudadano Eudorf Molger. Por el bien de la patria y de todos los presentes.

- Ante la imposibilidad de poder cumplir con los deseos del acusado y ser amenazados públicamente, vamos a concederle a un gran hombre como él una muerte digna como él solo se merece. Es por ello que le vamos a dar la oportunidad de que vea en primera persona y desde un ángulo privilegiado su propia muerte. ¡Ejecútenlo boca arriba!.

- ¡Oooooooooooooohhhh! - murmuró el populacho -, - pobre diablo - comenzaban a opinar algunos - nadie por mucho mal que haya provocado se merece una muerte así.

El grandioso don de gentes de Eudorf Molger me había granjeado el beneplácito del pueblo.

¡Qué gran hombre este!.

- Y dicho esto, que comience la ejecución.

Dijo el gran Eudorf Molger.

Los carceleros me colocaron en la posición indicada, boca arriba. Mi vista estaba mirando hacia el cielo infinito pero no podía atender a nada más que a esa barbaridad que iba a cerciorarme el cuello. Me estaba excitando más que nunca porque esta iba a ser la ejecución más bestial a la que había sido sometido nunca.

El general en jefe Eudorf Molger levantando su sable dio la primera señal, comenzó el redoble de tambores. Y finalmente bajando el mismo, la segunda señal, el verdugo tiró de la soga y...

Anchosfira 1797

El relato del que os voy a hacer partícipes es un suceso ocurrido en la bella Anchosfira al suroeste de Kaliput, hace tan sólo cuarenta y ocho horas.

Me encontraba en la taberna-posada del *ratón sin cola*, en la ciudad de Yuitad en Anchosfira, ya os podéis hacer una ligera idea de la clase de clientes que podrían alternar este establecimiento. Era un garito un tanto peculiar y mal oliente en el podías encontrar desde el más elegante señor hasta la última escoria de la sociedad, las rameras más nauseabundas hasta las del más alto standing, sobre todo jugadores de mala reputación expulsados de otras localidades del reino, matones, chulos proxenetas y asesinos. Las riñas, las grescas y las peleas eran el día a día del lugar. Inspiradas casi todas ellas por las timbas de cartas jugadas en las mesas redondas con tapetes verdes y rojos del salón principal. El entretenimiento preferido de los jugadores eran el póker y los dardos, razón esta por la que antes de anoecer el local estaba repleto hasta la veleta. Las jarras de cerveza y los vasos de ron rulaban por la barra a velocidad centelleante. Pero lo que todos ellos tenían en común era la búsqueda de un trago, el juego y la compañía femenina que más se ajustará a la capacidad de sus bolsillos.

El tinglado lo tenían muy bien manejado entre las fulanas, los matones y el camarero, un antiguo alcahuete de la policía del reino.

Doce horas antes

Llegué a Yuitad en Anchosfira guiado por el afán de una vida mejor, no sabía nada del asunto que allí se estaba forjando desde hacía tiempo. Pero poco a poco comencé a ser consciente de que algo no estaba funcionando correctamente en el pueblo. No era común que hubiese una cantidad tan grande de escuelas de medicina en una

ciudad tan pequeña. Debemos tener en cuenta que a estas sólo pueden acceder los hijos de las personas más ricas de las ciudades del reino. Razón que no justificaba que en un lugar tan poco poblado hubiese cinco diferentes escuelas de este tipo. Estaban las escuelas Nelsodw, Murilbi y Herzord, todas ellas en la zona este de la ciudad. Luego en el sur se encontraba la academia Wolfurt y finalmente en el mismo foro la de Pride. Esta última era la más nueva y moderna de todas y la que más popularidad tenía entre los alumnos y sus padres, debido al gran número de donaciones para prácticas que recibía. Era regentada por el doctor Hiebert Pride y su equipo de especialistas.

Razones para sospechar de este repentino auge habían varias, desde que en la ciudad ni en el reino habían tantas familias que se pudiesen permitir tal dispendio, hasta que la oferta de personas que quisieran donar los cadáveres a la ciencia eran más bien escasos. Eran contadas con los dedos de una mano y sobraba alguno. A la que la mayoría acusaban de prácticas de magia negra.

Fue por esta razón que las escuelas ante la falta de medios para poder ejercer con su cometido comenzaron a promover una campaña entre las personas más pobres de la ciudad, mediante la cual ellos se encargaban del cuerpo del fallecido en pro de la ciencia y la medicina. Esto alentó a las familias de menor poder adquisitivo rápidamente a donar los cuerpos a las diferentes escuelas, porque de esta forma se ahorraban todos los gastos funerarios obligatorios que estaban estipulados por ley en el reino. Muchas familias quedaban endeudadas con estos dispendios, quedando incluso en la calle sin residencia en la que vivir.

Pero de esta campaña resultaban pocos ejemplares para satisfacer la creciente demanda de las escuelas.

El tiempo pasó y los medios para conseguir más y más cuerpos fue de mal en peor. Seguían el cortejo fúnebre hasta el lugar del enterramiento, esperaban para una vez dada la sepultura desenterrarlo o extraerlo de su mausoleo

particular para acabar engrosando sus bolsillos y el depósito de la morgue de alguna de las mencionadas academias. Este movimiento propició un auge de la delincuencia hacia este tipo de macabras prácticas. La justicia que era impartida por las familias más ilustres de la ciudad, eran los encargados de promover las leyes en contra de estos actos delictivos. Los catalogaban de satanistas y antinaturales, las penas de castigo por sus prácticas eran invariables, se castigaba con la pena capital. Aquel desgraciado al que atrapasen llevando a cabo alguna de estas prácticas ya sabía a lo que se atenía, se han dado casos en los que las propias academias denuncian a algunos procuradores de cuerpos por la ilegalidad de la muerte del cuerpo vendido. Esto no era otra cosa que una maniobra de distracción que de forma regular hacían para no levantar sospechas entre las autoridades, nada más.

Promulgadas estas leyes los procuradores de cuerpos, que así es como se les conoce a los del gremio, comenzaron a poner más esmero en la obtención de cuerpos. Los cementerios eran sitios muy peligrosos para su profesión, la policía del reino los vigilaba con recelo bajo la orden de matar a cualquier asaltante. Es por ello que idearon una nueva forma para conseguirlos sin incumplir la ley entre comillas. El asunto era muy sencillo, incluso más de lo que sanamente se pudiese considerar. Un forastero o extraño muere en la ciudad, daba igual cual fuera el motivo de su muerte, para no hacer un gasto en sus sepelios a la comunidad las autoridades estaban obligadas por ley a dar el cuerpo a alguna de las academias de medicina. Por un lado ganaba el consistorio local que se ahorraba los gastos del entierro y por otro las academias que conseguían gratis los cuerpos. Es fácil de adivinar como los miembros de los organismos públicos se hicieron corruptos en escala, desde el policía de patrulla urbana que era avisado por los matones, hasta el comisario que era el último eslabón en la cadena. A veces el aviso no llegaba ni al último eslabón, los

cuerpos eran llevados directamente a la academia, repartiéndose el beneficio obtenido en la venta a la academia mejor postora.

Los nuevos procuradores de cuerpos ya no se dedicaban a ir a lugares oscuros ni peligrosos para conseguir materia prima. Estos estaban organizados como una banda, sabían que esta era la única manera de no ser descubiertos.

Todo comenzaba desde el instante en que el alcahuete local divisaba un forastero que llegaba a la ciudad, si él lo consideraba adecuado al tipo de los que demandaban las academias desde ese mismo momento se activaba un dispositivo de seguimiento del sujeto. Tenían tan perfeccionado el método que desde que lo divisaban, lo tasaban sabiendo dónde y por cuánto lo venderían.

Mi historia en esta ciudad del arte mortuorio comenzó hará cosa de cuarenta y ocho horas atrás. Llegué en busca de un trabajo para cambiar de aires y dejar de lado la parte norte del reino, para diseminar mi rastro en la medida de lo posible. Todo ello muy marcado e influenciado por mi forma de vida por aquellas latitudes. Había escuchado contar a las gentes en mi viaje ambulante y sin rumbo por el reino que en esta ciudad se podía prosperar consiguiendo trabajo fácil y rápidamente. Llegué a la ciudad una mañana de primavera oscura y nublada. Las calles de la ciudad estaban totalmente abnegadas de barro, cubría las botas hasta los tobillos, había que ir con mucho cuidado para no resbalar y caer en aquel maldito barrizal para puercos. La ciudad a simple vista se veía triste y sin vida. Estaba compuesta en su mayoría por construcciones de casas de dos o tres plantas de altura, entremezcladas con otras de planta baja. Delante de las viviendas los suelos estaban algo adoquinados pero para la porqueriza de barro que yacía delante de ellas, lo mejor hubiera sido no gastar dinero en el pavimento. Las calles estaban atestadas de suciedad, basuras, desperdicios de animales y humanos. Lo

que ayudaba a la proliferación de los parásitos y los roedores. Los niños de la ciudad jugaban en las puertas de las casas descalzos y muchos de ellos sin pantalones ni camisas que ponerse. Puedo asegurar que no era porque las condiciones ambientales invitasen a estar de esa guisa, no era más bien porque la pobreza extrema se había arraigado en su forma de vida. Eran tiempos malos y de penurias, donde las familias fértiles no cesaban en traer al mundo más y más hijos, casi una media de uno por año. Esto asociado al no poder progresar económicamente, traía consigo lo que estaba presenciando en aquellos momentos que no era ni más ni menos que la antesala de las enfermedades que se acabarían llevando a una gran cantidad de población infantil.

Presenciándolo me decía para mis adentros, pero como puede haber un contraste tan radical en esta ciudad. La gran mayoría de sus ciudadanos, sin exagerar en torno al noventa por ciento, eran no pobres sino lo más bajo, miserables. ¿Cómo podían las gentes de las ciudades vecinas decir que era una ciudad próspera en la que el que quisiera se podía labrar un porvenir?, la verdad viendo aquello no lo entendía. Las gentes naturales de la ciudad eran miserables y yo sin tener nada como iba a prosperar en un lugar así.

Durante el resto del día deambulé por la ciudad y no encontré por ninguno de sus rincones ni un sólo atisbo de progreso en ella. Tan sólo en la zona más rica donde se encuadraban unas cinco mansiones que se podían divisar a simple vista, pues destacaban del resto de la cochambrosa y apestosa ciudad. Se podía oler desde bien lejos el dinero de sus propietarios.

No había nada bueno que destacar de este lugar salvo lo anteriormente mencionado, el gran auge de las escuelas de medicina. Estas se ubicaban en las peores viviendas de la ciudad, en el mismo centro de los suburbios más pobres y piojentos. Era extraño cuando los estudiantes eran per-

sonas de un alto nivel adquisitivo, pero así estaba estructurado aquel extraño lugar. Los estudiantes se alojaban en las propias escuelas al lado de las casas de las fulanas, las tabernas y las posadas. Pienso que venían sin saber dónde se localizaban realmente las mismas pues eran estudiantes de otras ciudades, pero como eran jóvenes no les molestaría en absoluto esta clase de ambientes, es más los tendrían más a mano si cabe para gastar más fácil su dinero.

Visto lo visto pensé en seguir mi camino hacia otras tierras del reino, donde creyera que la suerte me podría ser más propicia para mis intereses. Pero la tarde noche se había cernido sobre mí, decidí entonces hacer noche en la ciudad. Busqué una posada en la que poder cenar y descansar, durmiendo unas horas para a la mañana siguiente volver a emprender rumbo. Es razón ésta que deambulando por la ciudad encontré la taberna posada *el ratón sin cola*, de características anteriormente mencionadas.

“El ratón sin cola”

En cuanto puse un pie dentro de este garito de mala muerte las fulanas se acercaron a mí como las moscas a las inmundicias. Los chulos, los matones y resto de jugadores se giraron hacia mí, mirándome de forma despectiva, juzgando mis actos uno por uno a mi entrada en la posada, como si mi vida dependiese de ellos. Ante situaciones de este tipo hay que saber muy bien cómo se comporta uno para evitar problemas mayores. Las susodichas rameras me ofrecieron sus servicios como a cualquier otro cliente.

- ¿Qué hace un hombretón como tú en un lugar como este?.

- Estoy sólo de paso.

- ¿Te gustaría disfrutar de mi compañía esta noche?.

Sabía muy bien que aunque me diera el mayor asco del mundo acostarme con esta clase de mujerzuelas, por mi propio bien debería cargar con alguna de ellas durante el tiempo que aquí permaneciera. Sobre todo para tener contento a su chulo generándole algo de ingresos por el servicio prestado.

- ¿Eso dependerá del precio que tenga tu cuerpo?.

- No te preocupes, tú podrás pagarlo.

- Si tú lo dices, pero te advierto que sólo tengo una moneda de plata para ti. ¿Aceptas el trato?. Ahí estaba yo, con una moneda de plata en la mano enseñándosela a esta y esperando una respuesta. Para mi sorpresa no me dijo nada, simplemente la cogió y se sentó a mi lado en la mesa, momento en el que llegó el camarero.